

Los Arabes no tuvieron que ejercer esta comprensión en las razas diferentes que habían sometido, porque éstas aceptaron fácilmente la religión y las instituciones de aquéllos, y por tratar á todos los que abrazaban el islamismo con la más perfecta igualdad. Así lo mandaba el Corán, cuya ley no podían menos de cumplir los vencedores. Al principio vencedores y vencidos no formaron más que un pueblo, con unos mismos sentimientos, creencias y costumbres; de suerte que mientras en todas partes el poder de los Arabes fué bastante grande para imponer respeto á cada cual, hubo buena armonía en todas las regiones del imperio.

Pero si las rivalidades de todas esas razas estaban adormecidas, no estaban extinguidas; y cuando las disensiones inveteradas de los Arabes reaparecieron, despertaron también aquellas rivalidades; y todos los países convertidos al islam se cubrieron de partidos, que estaban en incesante pugna, llegando á tal extremo, que en los mismos momentos de sitiar los cristianos á Granada, aquellos partidos continúan despedazándose.

La existencia en todos los territorios sometidos al islam de razas diferentes tuvo también el otro resultado cuyo peligro señalamos antes, la necesidad de mezclarse los Arabes con todos los pueblos entre los cuales vivían; lo cual, si con razas que quizá no les eran muy inferiores, por ejemplo, los cristianos españoles, podía hasta valerles la adquisición de alguna nueva aptitud; no así con razas inferiores, como ciertos pueblos asiáticos y los Berberiscos, los cuales no podían menos de rebajarlos. En ambos casos estos cruzamientos debían fatalmente acabar por destruir los caracteres cuya asociación constituía su raza. Así es que cuando su poder político desapareció con motivo de la pérdida de Egipto y España, los países que ellos habían sometido contenían muy pocos Arabes (1).

A falta de invasiones y de otras diversas causas que motivaron la decadencia de los Arabes, la simple mezcla de razas que acabamos de señalar bastara á producirla. Así lo demuestra Marruecos, cuyo imperio, aunque ha podido sustraerse á las invasiones extranjeras, y antiguamente disfrutó de una prosperidad tan grande, que rivalizaba con la de la España mahometana, ha caído hoy de nuevo en una semibarbarie. El predominio de los Berberiscos, y sobre todo los repetidos cruzamientos

(1) España contuvo siempre poquísimos. (N. del T.)

con el elemento negro, han rebajado considerablemente el nivel de la civilización. Se ha pretendido que el porvenir era de los mestizos, y si la profecía se ha de cumplir, no lo deseo para los pueblos que quieren guardar en el mundo su posición de gente civilizada.

### III

#### SITIO DE LOS ÁRABES EN LA HISTORIA

Lo dicho hasta ahora demuestra que los Arabes poseyeron grandes cualidades, no menores defectos y aptitudes intelectuales muy relevantes; y aunque fueron inferiorísimos á los Romanos en instituciones políticas y sociales, les fueron superiores por la extensión de sus conocimientos científicos y artísticos; de modo que podemos decir en tesis general que ocuparon en la historia un sitio muy alto, y debemos procurar discernir cuál fué.

Para juzgarlo fielmente sería necesario disponer de una escala que nos permitiese medir con exactitud el mérito de un individuo y de un pueblo; y como esta escala nos falta, resulta que nuestros juicios se fundan más bien en nuestros sentimientos que en la razón, y la variedad de ellos basta para evidenciar su incertidumbre.

Hasta en el caso de poseer ese modelo psicológico del mérito de los hombres, sería necesario renovarlo de continuo; pues la medida del grado de superioridad valedera para una época, no lo es ya para otra. En efecto, el más alto grado de superioridad que pudiese desear un Griego era ser el primero en los juegos Olímpicos, es decir, el primero en la lucha, en la carrera, el pugilato y otros ejercicios análogos; siendo tan grande el honor atribuido á esta superioridad, que quien la poseía, veía su nombre grabado en mármoles, y tenía el derecho de entrar en su población por una brecha abierta expresamente para él en las murallas. Tales honores se hallaban indudablemente justificados en una época en que la fuerza y habilidad corporales desempeñaban un papel importante; pero en nuestros días ya no se estima semejante superioridad, sino en las ferias de los pueblos, y apenas da á sus poseedores el pan cotidiano.

Saltando la corriente de los siglos, vemos que la escala de la superioridad cambia de continuo, y que si en la Edad media continuaba residendo en la fuerza corporal y el valor, se ha medido en otras épocas por los conocimientos científi-

cos, artísticos y literarios, y en otras por la aptitud de disertar con elocuencia sobre diversos asuntos (1). Hoy en día tiende á medirse por la cantidad de dinero que se posee; y los reyes del siglo en que luego entraremos serán aquellos que mejor sabrán apoderarse de las riquezas. Los judíos poseen esta aptitud hasta un extremo que nadie todavía ha igualado; y en el movimiento general que se inicia en todas partes contra semejante gente, hay síntomas precursores de terribles luchas, que será necesario sostener contra ellos, para sustraerse á su amenazadora potencia.

Cuando se examina las condiciones que determinan el éxito de los individuos, ó de los pueblos, en el mundo, causa verdadera sorpresa ver cuán poca eficacia ha tenido en ello la inteligencia; y cuánto mayor no ha sido la de la voluntad, de la tenacidad y de otras cualidades de carácter. Entre dos individuos ó dos pueblos, uno de inteligencia ordinaria, pero con mucho valor, voluntad y paciencia, y con el espíritu dispuesto á sacrificar su vida por el triunfo de cualquier ideal; y otro individuo ó pueblo de inteligencia superior, pero sin las aptitudes que acabo de mencionar, el vaticinio no es difícil; pues indudablemente el menos inteligente saldrá vencedor. Considerando la inteligencia como solo elemento de éxito, cabría decir que siempre que excede de cierto nivel medio, es más perjudicial que favorable; y si el aserto parece paradoja, se reconocerá lo contrario representándose mentalmente una lucha entre dos pueblos: uno con todas las cualidades de carácter de que he hablado; y el otro formado de una aglomeración de filósofos y grandes pensadores, que nada esperan de un mundo mejor, que conocen la vanidad de todo ideal, y que por consiguiente están poquísimos dispuestos á sacrificar sus vidas para hacer triunfar alguno. Lo baladí de las concepciones metafísicas de Mahoma les hubiera hecho sonreír á éstos; y con todo, el mundo no ha conocido aún filósofos cuyas doctrinas hayan jamás tenido un átomo del formidable poder de las ilusiones que los fundadores de religiones supieron crear. Ya sea el creyente Romano, ya Arabe, ya tenga por culto á Allah, ya la grandeza de Roma, la energía de sus creencias y la facilidad con que les entrega la vida le harán triunfar á poca costa. Siempre ha pasado lo

(1) Por todas estas cosas se medía también en Grecia y no por la fuerza y destreza solas, como asegura el autor. (N. del T.)

mismo, y nada indica que quepa sostener que se cambiará de sistema. Cuando los Romanos eran señores del mundo no tuvieron nunca en las artes, ni en las ciencias la superioridad intelectual que los Griegos, los cuales en todo lo que se refería al talento eran sus maestros; pero esto no impidió que Roma fuese la señora de Atenas.

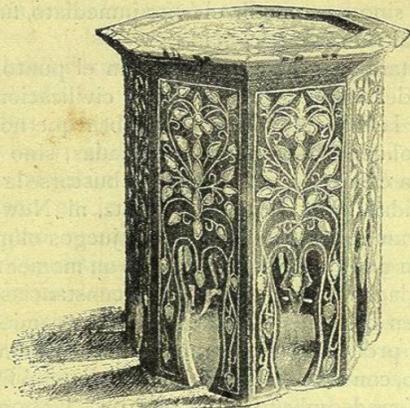
Si no nos colocásemos pues en otro punto de vista que el del éxito, diríamos que en las cualidades de carácter que hemos enumerado debe buscarse la superioridad; pero también esta escala nos engañaría, puesto que no tiene importancia sino para medir el éxito inmediato, fuera del cual no sirve para nada.

Bastará que nos pongamos en el punto de vista del interés general de la civilización, ó sea de la humanidad, para descubrir que no en las cualidades de carácter ya citadas, sino tan sólo en el nivel intelectual debe buscarse la superioridad. Sin duda ni Leibnitz, ni Newton hubieran nunca triunfado en los juegos olímpicos; sin duda no habrían resistido un momento á un soldado romano; pero estas circunstancias no impiden que esos semidioses del pensamiento hayan producido más transformaciones en el mundo, con las consecuencias inmediatas ó futuras de sus descubrimientos, que todas las hordas asiáticas que fundaron grandes imperios. Cuando el porvenir juzgue al pasado con esa independencia de espíritu que todavía no podemos nosotros tener, dirá indudablemente que invenciones como la imprenta, la máquina de vapor, los caminos de hierro, el telégrafo eléctrico y muchas otras, han producido en el modo de vivir de los hombres unos cambios tan considerables, que comparados con ellos los que producen las revoluciones más célebres, son poquísimas cosas.

Si pues nosotros dejamos aparte aquellos triunfos materiales, que son para las masas, con frecuencia demasiado seguidas por los historiadores, el único criterio real del mérito de los individuos y de los pueblos, debemos manifestar en voz bien alta que lo hacemos porque únicamente el número de hombres superiores que una nación ha poseído da la medida exacta de su mérito intelectual, y por consiguiente del nivel que tiene en la escala de la civilización; y que á la superioridad intelectual podrá añadir el triunfo, si al mismo tiempo que un corto número de hombres superiores, posee una masa suficiente de individuos, que aunque sean de inteligencia é instrucción ordinarias, disfruten

en alto grado de las cualidades de carácter ya manifestadas.

Con estas explicaciones preliminares podemos ya decir con bastante exactitud qué sitio ocupan los Arabes en la historia. Tuvieron hombres superiores, como lo prueban sus descubrimientos; pero grandes hombres como los genios que acabo de citar, no creo que hayan producido ninguno; fueron inferiores á los Griegos en muchas cosas; igualaron sin duda á los Romanos en inteligencia, y carecieron de las cualidades de carácter que hicieron tan dura-



Escabel de madera incrustado de nácar

dero el imperio de éstos, ó al menos no las poseyeron sino corto tiempo.

Si en lugar de comparar los Arabes á los pueblos que han desaparecido de la escena del mundo, nos arriesgásemos á ponerlos en paralelo con las naciones europeas, cabría decir que en el concepto intelectual y moral son superiores á todos las que existían antes del Renacimiento; puesto que las universidades no tuvieron durante la Edad media otro alimento que sus obras y doctrinas, y que sus cualidades morales fueron muy superiores á las de nuestros antepasados.

Hacia el Renacimiento los Arabes desaparecen de la historia, siéndonos imposible decir lo que hubieran llegado á ser en el caso contrario. Sin embargo, no nos determinamos á creer que hubiesen excedido del nivel ya alcanzado, pues la inferioridad de sus instituciones les oponía demasiados obstáculos.

No es evidentemente posible comparar épocas tan diferentes como aquella en que desaparecieron los Arabes y los tiempos modernos. Pero si se nos exigiese esta comparación, diría-

mos que entre los Arabes los hombres superiores estuvieron muy por debajo de los superiores de la edad actual; pero que las clases medias de su raza fueron al menos iguales, y con más frecuencia superiores, á las de las poblaciones civilizadas de nuestros días.

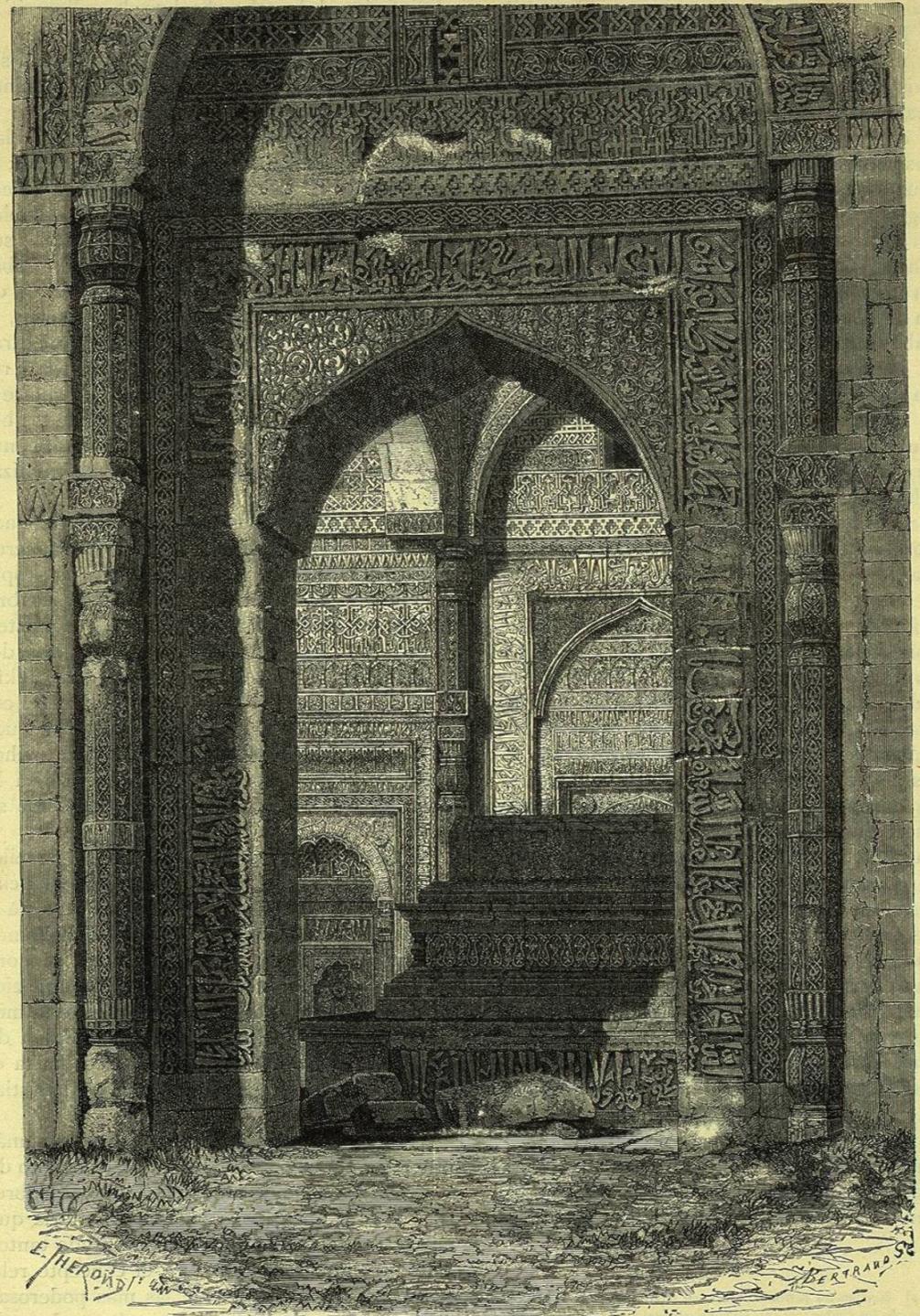
Lo que decimos de las clases medias árabes no vacilaríamos en aplicarlo á la mayor parte de los Orientales actuales, ya se trate de los Arabes, ya de los Chinos, ó de los Hindús; pues las clases medias de éstos no son de ningún modo inferiores á las de Europa. En efecto, poseen agricultores y obreros, al menos tan hábiles como los nuestros; y la abrumadora competencia hecha en Australia y en América por los Chinos á los obreros anglo-sajones, competencia tan perjudicial, que han debido expulsarlos, lo prueba suficientemente. Los Orientales nos igualan en habilidad, y tanto más, cuanto que el sistema de las especialidades no ha embrutecido su inteligencia; y nos superan en la sobriedad, en la sencillez de sus necesidades y en su vida patriarcal. Sólo una cosa les falta para igualar á los Europeos. Verdad es que es una cosa fundamental: les falta poseer una pléyade de hombres superiores y algunos grandes hombres. Sin embargo, tengámonos por afortunados de que no los posean, porque entonces las cualidades de la masa de aquellas poblaciones les permitirían fácilmente suplantarlos, colocándose á su vez á la cabeza de la civilización. Si algún día llegase á realizarse el sueño de nuestros socialistas modernos, fundándose una sociedad de inteligencias medianas, con la exclusión gradual de toda inteligencia superior, el imperio del mundo pertenecería muy luego á las poblaciones del extremo Oriente (1).

#### IV

##### ESTADO ACTUAL DEL ISLAMISMO

Los siglos han caído en el polvo de los Arabes, y su civilización tiempo há que no pertenece más que á la historia. Sin embargo, no puede decirse que hayan muerto del todo, ya que la religión y la lengua que introdujeron en el mundo están más extendidas aún que en las más brillantes épocas de su esplendor. El idioma árabe es universal desde Marruecos hasta la

(1) Los únicos socialistas que han imaginado tan extravagante teoría son los anarquistas: grupo insignificantisimo, del cual en ninguna parte se hace el menor caso. (N. del T.)



Tumba de Altamsch en Delhi